

## LA EUCARISTÍA, SACRAMENTO DE LA INICIACIÓN CRISTIANA

BLANCA CASTILLA DE CORTÁZAR

La Eucaristía es sacramento de la iniciación cristiana, y a la vez plenitud de la misma.

La Eucaristía, tanto como Sacramento o como Sacrificio, es —en palabras del Beato Josemaría Escrivá—: «la donación misma de la Trinidad a la Iglesia»<sup>1</sup> y podríamos añadir que es la donación de la Trinidad a cada alma. Una donación que renueva el gran Amor del Padre por los hombres, pues como dijo Jesús a Nicodemo: «Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Unigénito»<sup>2</sup>. Una donación que renueva el Amor de Cristo al Padre, porque Cristo muere por Amor al Padre y a los hombres, y la Eucaristía, en cuanto Sacrificio renueva el del Calvario. Una donación, en definitiva, hecha posible por el Amor de Dios que es el Espíritu Santo, pues Él es el Autor de la Transustanciación como lo fue de la Encarnación.

Son muchos los aspectos de la Eucaristía que cabría resaltar, pero aquí me voy a detener en tres cuestiones:

### 1. LA EUCARISTÍA Y EL MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN

El libro sobre la Eucaristía, emanado por el Comité para el Jubileo del 2000, pone de relieve un aspecto de la Eucaristía no frecuentemente señalado: la relación entre la Eucaristía y la Encarnación. Dice así: «El gesto con el que Aquel que era Dios ha descendido del cielo para ser hombre y llevar una vida humana semejante a la nuestra se reproduce en la Eucaristía. Cuando son pronunciadas las palabras “Esto es mi cuerpo”, “Este es el cáliz de mi sangre”, el Hijo de Dios, en cuyo nombre son pronunciadas estas palabras, se hace presente sobre la tierra en la carne que había recibido, en un tiempo, de su madre, la Virgen María. La Eucaristía confiere una nueva actualidad a la Encarnación»<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, Rialp, Madrid, n. 87.

<sup>2</sup> Jn 3,16.

<sup>3</sup> Comité para el Jubileo del año 2000, *Eucaristía, Sacramento de vida nueva*, BAC, Cap. I, II, 1, pp. 19-20.

Esta consideración rica en consecuencias permite una aproximación: así como el milagro de la Encarnación fue obra propia de la Persona del Espíritu Santo, la Transustanciación también lo es. Es verdad que «la Trinidad entera actúa en el santo sacrificio del altar»<sup>4</sup>, pero cabe —podríamos decir—, distinguir la acción propia de cada una de las Personas. El Padre da al Hijo, al Padre se hace constante la plegaria de la Misa que actualiza el Amor del Hijo. Pues bien, en palabras de San Juan Damasceno: «Por la virtud del Espíritu Santo se efectúa la conversión del pan en el Cuerpo de Cristo»<sup>5</sup>. Esta acción se recoge en la Epicleis, oración que suplica la venida del Espíritu Santo en la Consagración, que frecuente en la liturgia oriental, se ha recogido también en diversas Plegarias Eucarísticas de la Liturgia Romana, después del Vaticano II<sup>6</sup>.

Esta enseñanza es recogida en diversos lugares por Juan Pablo II. Así afirma: «Commemoración. Sabemos que a esta palabra hay que darle un sentido fuerte, que va más allá del simple recuerdo histórico. Estamos en el orden del “memorial” bíblico, que *hace presente* el acontecimiento mismo. ¡Es *memoria-presencia!* El secreto de este prodigio es la acción del Espíritu Santo, que el sacerdote invoca mientras extiende las manos sobre los dones del pan y del vino: “Santifica estos dones por la *efusión de tu Espíritu*, de manera que sean para nosotros el Cuerpo y Sangre de Jesucristo Nuestro Señor”. Así pues, no sólo el sacerdote recuerda los acontecimientos de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo, sino que el Espíritu Santo hace que éstos se realicen sobre el altar a través del ministerio del sacerdote. Este actúa verdaderamente *in persona Christi*. Lo que Cristo ha realizado sobre el altar de la Cruz, y que precedentemente ha establecido como sacramento en el Cenáculo, el sacerdote lo renueva con la fuerza del Espíritu Santo. En este momento el sacerdote está como envuelto por el poder del Espíritu Santo y las palabras que dice adquieren la misma eficacia que las pronunciadas por Cristo durante la Última Cena»<sup>7</sup>.

El Espíritu Santo, Señor y Dador de vida, actúa en la Encarnación cubriendo con su sombra a la Virgen, dando vida en la carne al Hijo de Dios, y actúa en la Transustanciación haciendo que en el altar esté presente el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

## 2. RENOVACIÓN DEL SACRIFICIO DE LA CRUZ

La Eucaristía en cuanto Sacrificio no sólo renueva la Encarnación sino también la Pasión y Muerte de Cristo en la Cruz.

Es la renovación de la donación de Cristo al Padre, por los hombres, gracias al Amor que el Espíritu Santo había derramado en su Corazón humano.

Juan Pablo II afirma en su primera encíclica que «La redención del mundo (...) es en su raíz más profunda “la plenitud de la justicia” en un Corazón humano: en el

---

<sup>4</sup> Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, n. 85.

<sup>5</sup> San Juan Damasceno, *De fide orthodoxa*, 13, PG, 94,1139.

<sup>6</sup> Cfr. al menos, Plegarias Eucarísticas II, III y IV.

<sup>7</sup> Juan Pablo II, *Don y misterio*, BAC, Madrid, 1996, pp. 92-93.

Corazón del Hijo Primogénito, para que pueda hacerse justicia en los corazones de muchos hombres (...) predestinados desde la eternidad a ser hijos de Dios»<sup>8</sup>.

La Redención es la justicia de un corazón humano, porque da todo lo que puede en cuanto hombre, porque quiere redimir en justicia, satisfaciendo el precio del pecado: el dolor y la muerte, aunque —el mérito hubiera suplido y—, estrictamente no hubiera sido necesario.

En la donación y ofrecimiento de Cristo también está la acción del Espíritu Santo. Según afirma la Carta a los Hebreos: «Cristo, en virtud del Espíritu eterno, se ha ofrecido a Dios como sacrificio sin mancha»<sup>9</sup>. Y comenta el Documento del Comité para el Jubileo: «La ofrenda del Hijo en la cruz es llevada al Padre por el Espíritu Santo. (...) Tanto en la ofrenda como en la acción de gracias<sup>10</sup>, el trayecto que va del Hijo al Padre pasa a través del Espíritu Santo»<sup>11</sup>.

Según esto el Espíritu Santo en la Eucaristía, además de ser el autor de la transubstanciación «garantiza el cumplimiento de la ofrenda en la acción de gracias»<sup>12</sup>.

Desde la cruz, y gracias a la Eucaristía, en el mundo hay más Amor que odio. Con la Cruz y la Resurrección, que se actualizan en la Eucaristía, el misterio del Amor de Dios ha triunfado.

### 3. PRESENCIA DE DIOS EN LA EUCARISTÍA

Tanto la donación de Dios Padre, dando a su Hijo, como la donación del Hijo, entregándose enteramente, como la donación del Espíritu Santo siendo autor y haciendo posible la entrega del Padre y del Hijo, nos ponen —en la Eucaristía—, frente a una Comunión de Personas en las que cada una se entrega totalmente a los demás. La Eucaristía es, por tanto, una manifestación de la vida íntima de Dios.

La fe en la Eucaristía siempre ha sido piedra de toque de la fe católica. Misterio de fe es éste pero, sobre todo, misterio de Amor. Amor íntimo de la Trinidad, Amor de la Trinidad a los hombres, Amor de Cristo Hombre a Dios; en fin, amor de cada hombre a Dios. En efecto, La Eucaristía aporta al hombre las fuerzas necesarias para sobreponerse al pecado y a las tentaciones pero, sobre todo, otorga la capacidad para poder amar como Dios ama.

Para poner fin a estas palabras desearía resaltar otro aspecto no muy usual en la teología, que presenta el Documento del Comité para el Año 2000: la presencia estricta de la Trinidad en la Eucaristía.

En la Eucaristía está presente Cristo, con su cuerpo, con su sangre, con su alma, con su divinidad. Es la Segunda Persona de la Trinidad. Pero en cierto modo está

---

<sup>8</sup> Juan Pablo II, Enc. *Redemptor hominis*, n. 9.

<sup>9</sup> Hb 9,14.

<sup>10</sup> Cfr. Lc 10,21.

<sup>11</sup> Comité para el Jubileo del año 2000, *Eucaristía, Sacramento de vida nueva*, Cap. III, 4, p. 81.

<sup>12</sup> *Ibidem*.

también presente el Padre, porque «en la calidad de Padre entra la función de alimentar a sus hijos. (...) El Padre es quien da el alimento a la humanidad dando a su mismo Hijo. Sólo Él podía dar a su Hijo, y haciendo este don, ha dado el alimento más excelso que puede responder a las necesidades espirituales de la vida humana»<sup>13</sup>.

Es la carne de la Persona Hijo la que se da en la Eucaristía; ese tipo de presencia tiene un carácter específicamente suyo, de la Segunda Persona.

¿Y cuál es la función y presencia del Espíritu Santo en la Eucaristía? Ya se han señalado dos aspectos: la obra en la Transubstanciación y el acompañamiento que hace a Cristo para que se entregue. A esto el documento del Comité añade otro aspecto de la función principal de la Persona del Espíritu Santo que es **dar la vida**, como se recoge en el Credo. Al decir Jesús «el Espíritu es quien da la vida»<sup>14</sup>, «subraya así que toda la capacidad vivificante de la Eucaristía se debe al Espíritu Santo. (...) Sin esta cooperación del Espíritu, la carne no tendría fuerza alguna para comunicar la vida espiritual, la vida eterna; por sí sola “la carne no sirve para nada”»<sup>15</sup>.

Sin embargo, la presencia del Espíritu Santo no es como la de Cristo. La carne presente en la Eucaristía es de Cristo. El Espíritu Santo no se ha encarnado aunque haya sido el artífice de la Encarnación y de la Transustanciación. «El Espíritu es el que llena la carne de vida divina y de poder divino y contribuye así de manera soberana a la eficacia de la Eucaristía»<sup>16</sup>.

De todo esto concluimos que la Eucaristía, además de ser un sacramento de la iniciación cristiana, es a la vez su plenitud, pues una sola comunión bien hecha podría bastar para la unión perfecta con Dios Trino.

---

<sup>13</sup> Comité para el Jubileo del año 2000, *Eucaristía, Sacramento de vida nueva*, Cap. IV, III, 1, p. 94.

<sup>14</sup> Jn 6,63.

<sup>15</sup> Comité para el Jubileo del año 2000, *Eucaristía, Sacramento de vida nueva*, Cap. IV, III, 2, p. 96.

<sup>16</sup> *Ibidem*.